



Se titula «Mujeres crucificadas - La vergüenza de la trata de seres humanos en relación con la calle» (Rubbettino Editore, Soveria Mannelli, 2019, 219 páginas, 15 euros), el libro de Don Aldo Bonaiuto con prefacio del Papa Francisco que salió a la venta en Italia la víspera del Día Internacional contra la Trata de Personas que celebra la ONU el 30 de julio. Publicamos, a continuación, el texto completo del Pontífice, en el que habla de la trata y sus devastadores efectos sobre las víctimas. El autor del libro sigue los pasos de Don Oreste Benzi como sacerdote en la comunidad del Papa Juan XXIII. Nombrado por el Papa Francisco como "misionero de la misericordia", fundó y dirige el periódico digital "In Terra" y como presidente de la asociación Pace in Terra promueve iniciativas internacionales como el Día del Migrante

ma de Oreste Benzi. Esto también implica la voluntad de exponerse a los peligros y las represalias de la delincuencia que han convertido a estas chicas en una fuente inagotable de ganancias ilícitas y vergonzosas.

Me gustaría que este libro se escuchara en el contexto más amplio posible para que, conociendo las historias que hay detrás de las escandalosas cifras de la trata, podamos entender que sin detener una demanda tan alta de los clientes no podemos combatir eficazmente la explotación y la humillación de vidas inocentes.

La corrupción es una enfermedad que no se detiene por sí sola, necesitamos tomar conciencia de forma individual y colectiva, incluso como Iglesia, para ayudar realmente

El Papa sobre la prostitución y la esclavitud

Sangre inocente en las calles del mundo

Desconocido y la moratoria contra la legalización de cualquier forma de esclavitud.

Cuando uno de los Viernes de la Misericordia, durante el Año Santo Extraordinario, entré en la casa de la Comunidad Papa Juan XXIII, no pensé que allí encontraría mujeres tan humilladas, alligadas, probadas. En realidad, mujeres crucificadas. En la habitación donde conocí a las niñas liberadas del tráfico de la prostitución forzada, respiré todo el dolor, la injusticia y el efecto de la opresión. Una oportunidad para revivir las heridas de Cristo. Después de escuchar las conmovedoras y muy humanas historias de estas pobres mujeres, algunas de ellas con el niño en brazos, sentí un fuerte deseo, casi la necesidad de pedir perdón por las verdaderas torturas que tuvieron que soportar a causa de los clientes, muchos de los cuales se llaman cristianos.

Un nuevo impulso para rezar por la acogida de las víctimas de la prostitución forzada y de la violencia. Una persona nunca puede ponerse en venta. Por eso me alegra poder dar a conocer la preciosa y valiente labor de rescate y rehabilitación que el autor de este libro, don Aldo Bonaiuto, viene realizando desde hace muchos años, siguiendo el caris-

a a estas desafortunadas hermanas nuestras y evitar que la iniquidad del mundo caiga sobre las criaturas más frágiles e indefensas. Cualquier forma de prostitución es una reducción a la esclavitud, un acto criminal, un vicio repugnante que confunde hacer el amor con desahogar los propios instintos torturando a una mujer indefensa. Es una herida en la conciencia colectiva, una desviación del imaginario actual. La mentalidad de que una mujer debe ser explotada como si fuera una mercancía para usar y luego tirar es patológica.

Es una enfermedad de la humanidad, una forma equivocada de pensar de la sociedad. Liberar a estas pobres esclavas es un gesto de misericordia y un deber para todos los hombres de buena voluntad. Su grito de dolor no puede dejar indiferentes a los individuos o a las instituciones.

Nadie debe apartarse o lavarse las manos de la sangre inocente que se derrama en las calles del mundo.

Ciudad del Vaticano, 9 de julio de 2019

FRANCISCO

Sol sostenido

Fernando Cordero Morales

Iván, crisma derramado

De la última misa crismal, celebrada en la Basílica de San Pedro, me llamó la atención cómo el papa Francisco nos confesaba en la homilía que le gusta ungir bien las manos y la frente cuando administra el sacramento de la confirmación o de la ordenación. Pero, sobre todo, acentuó que los sacerdotes "ungimos repartiéndonos a nosotros mismos, repartiéndolo nuestra vocación y nuestro corazón".

Disfruto al comprobar que esto no se queda en meras palabras y cómo en la Iglesia hay muchísimos sacerdotes que ungen repartiéndose a sí mismos, donando sus fuerzas sin reparar en el cansancio. En este tiempo, donde se hacen dolorosas las sombras de ciertos miembros de la Iglesia y su consecuente mal olor, la entrega anónima de tantos otros nos anima también en esta manera de convertirse en unción para que el buen olor de Cristo se impregne en la piel de su pueblo. La celebración de los sacramentos, la atención a los enfermos, el cuidado de los jóvenes, la cercanía con los pobres, la canalización de la piedad popular, el diálogo con la cultura, el cuidado de la oración y la interioridad, la potenciación de la música y el cuidado litúrgico o el deseo de llegar a una mayor hondura de la fe a través de la formación son, sin duda, una manera de hacerse cada día crisma, de derramarse de algún modo, para el bien de los hermanos.

En algunas diócesis, los lugares más apartados, aunque sean destinos turísticos, a veces no son los más deseados o cuidados. Sin embargo, la Providencia que se ríe de los cálculos humanos nos brinda, con su acción misteriosa, testimonios reseñables de curas rurales, en pueblos o en entornos de la serranía. En el sur de España, hay una hilera de Pueblos Blancos que guían con su color al sol. Allí muchos sacerdotes se han hecho "crisma" para los demás, en tierras de olivares y preciado aceite. Ahora en Algodonales, Zahara de la Sierra y La Muela, don Iván Cote, un sacerdote que está en sus primeros años de ministerio, desparrama óleo y simpatía con enfermos, monaguillos, jóvenes o con aquellos que siente apartados en la cuneta de la vida.

Ser cura "24 horas" es un don, que requiere la creatividad que regala el Espíritu. Taizé, Covadonga, Roma, Santiago se han convertido en destino de jóvenes y adultos. Salir para ser más universales y descubrir la riqueza de ser Iglesia es una de las convicciones de Iván. Ser pastor que está cercano y, al mismo tiempo, potencia la autonomía y los carismas de los demás, ayuda a conformar una comunidad unida en la diversidad y atenta a ese mundo dolorido que necesita el bálsamo que cura heridas y recibe sanación en manos que reparten o, mejor, que se hacen crisma, que se mezclan con los dolores y las alegrías de nuestros contemporáneos.

Llega la hora, al atardecer, de rezar en el silencio habitado de la casa parroquial. La naturaleza, por momentos quieta, da paso al sosiego, a reposar lo vivido, a la lectura teológica o espiritual, al agradecimiento del corazón. Y, por qué no, a la sonrisa franca al recordar las anécdotas de los parroquianos, su manera de hablar o su característica manera de afrontar los retos del vivir. Mañana será otro día para ser crisma.